

J

JACULATORIAS

1. Las jaculatorias en la experiencia espiritual y pastoral de san Josemaría. 2. Algunas jaculatorias más significativas en la piedad de san Josemaría. 3. Jaculatorias según los diversos momentos de su vida.

En la tradición espiritual de la Iglesia Católica, al menos desde san Agustín, al que se debe el vocablo, se entiende por jaculatoria una oración breve y vibrante; por ejemplo, “¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!”, “¡Ave María Purísima, sin pecado concebida!”. Se puede decir en cualquier lugar: en la iglesia, en la oficina, en el campo... “bastarán dos o tres expresiones, lanzadas al Señor como saeta, *iaculata*: jaculatorias, que aprendemos en la lectura atenta de la historia de Cristo (...) frases, breves y afectuosas, que brotan del fervor íntimo del alma, y responden a una circunstancia concreta”, y que nos ayudan a “convertir nuestra jornada, con naturalidad y sin espectáculo, en una alabanza continua a Dios. (...) cuando un cristiano se mete por este camino del trato ininterrumpido con el Señor –y es un camino para todos, no una senda para privilegiados–, la vida interior crece, segura y firme; y se afianza en el hombre esa lucha, amable y exigente a la vez, por realizar hasta el fondo la voluntad de Dios” (ECP, 119).

1. Las jaculatorias en la experiencia espiritual y pastoral de san Josemaría

En esta vida no podemos conocer a Dios como Él nos conoce, pero sí pode-

mos comenzar a amarle como Él nos ama, porque el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones (cfr. Rm 5, 5): “a los que amamos van constantemente las palabras, los deseos, los pensamientos” (AD, 247), y como los cristianos “somos almas de amor, mantenemos una conversación constante con María y José y, después, con ellos, pasamos a tratar a Jesús y, con los tres, al Padre y al Espíritu Santo” (citado en ECHEVARRÍA, 2000, p. 171).

Sabemos que “nadie puede decir: «¡Señor Jesús!» sino por el Espíritu Santo” (1 Co 12, 3), y que “el santo no nace: se forja en el continuo juego de la gracia divina y de la correspondencia humana” (AD, 7), en esa lucha a lo largo de toda su jornada, “de la noche a la mañana y de la mañana a la noche” (ECP, 119). Y eso reclama empeño, perseverancia: “Acostumbraos a dirigiros constantemente al Señor, cada uno a su modo, con sus piropos, con sus jaculatorias” (citado en ECHEVARRÍA, 2000, p. 171). Con frecuencia, san Josemaría, al encontrar a algún hijo o hija suya, aunque fuera temprano por la mañana, le preguntaba, sin ánimo de obtener respuesta, pero sí de que se planteara cómo iba ese punto: ¿cuántos actos de amor has hecho hoy? (cfr. ECHEVARRÍA, 2000, p. 172).

A veces ponía las jaculatorias por escrito en papeles que le servían de “despertador” de la presencia de Dios, o las hacía grabar en el friso de un oratorio o en el dintel de una puerta, en un mantel de altar, o junto a una imagen de Nuestra Señora. El objetivo era facilitar la presencia de Dios y

el tono sobrenatural en el trabajo o en el descanso, al ir por un pasillo o al entrar en una habitación... “Sed como niños, delante de Dios. Yo me paso el día diciéndole jaculatorias... de niño... ¡niñerías! Si las escuchara... ¡os harían reír! O, a lo mejor... ¡os harían llorar!” (URBANO, 1994, p. 77). En fin, propiciaba un mundo interior rico y variado, como son fecundos y originales los deseos de unión con el Amor y las realidades de la entrega.

2. Algunas jaculatorias más significativas en la piedad de san Josemaría

Las jaculatorias que san Josemaría compartía con sus hijos y con otras personas que trataba, pueden exponerse siguiendo distintos modos; se han escogido dos como luces indicadoras: a) considerando las referentes a virtudes o devociones básicas; y b) siguiendo los jalones sobrenaturales de su vida, que corre a la par con la vida del Opus Dei. Las vemos ahora siguiendo la primera posibilidad. Para no hacer pesada la lectura las mencionaremos sin indicar la fuente que documenta su uso; en la bibliografía final pueden encontrarse fácilmente las referencias.

Su hondo sentido de la filiación divina le llevaba a hacer suyas unas palabras de Jesús a su Padre: “*Abba, Pater*” (Rm 8, 15). Destacaba también su rendido amor al Espíritu Santo –“*Ure igne Sancti Spiritus!*” (¡Enciéndenos con el fuego del Espíritu Santo!) – y a la Eucaristía que, además de verter en Comuniones espirituales, expresaba, por ejemplo, con un “*Dominus meus et Deus meus!*” (¡Señor mío y Dios mío!) (ECP, 119), o, durante la Misa, diciendo con el corazón en el momento de la Consagración: “*Adauge nobis fidem, spem, caritatem!*” (¡Aumentanos la fe, la esperanza y el amor!).

Agradecía todo lo bueno, incluso lo que no conocía o lo que parecía malo: “*Gratias tibi ago, pro universis beneficiis tuis, etiam ignotis*” (Te doy gracias por todos tus beneficios, también los desconoci-

dos). En momentos de necesidad repetía “¡Oh Jesús, descanso en ti”, “*Dei perfecta sunt opera!*” (¡Las obras de Dios son perfectas!), “*Deus meus et omnia!*” (¡Tú eres mi Dios y mi todo!); a veces pedía más fe: “*Credo, Domine, sed adiuva incredulitatem meam!*” (¡Creo Señor, pero ayuda mi incredulidad, fortalece mi fe!) (Mc 9, 24).

Su amor a Santa María fue especialmente fecundo en jaculatorias; baste repasar las advocaciones de la letanía del Rosario, devoción tan querida para él; o el título que daba a la Reina de cada nación en la que el Opus Dei iniciaba la labor apostólica: *Regina Hispaniae, Regina Germaniae, Regina Kenyae, Regina Italiae, Regina Venetiola*... que solía rezar al llegar al país –o al sobrevolarlo, si cruzaba su espacio aéreo–; además de incontables desahogos como: “*Mater Pulchrae Dilectionis, filios tuos adiuva!*” (¡Madre del Amor Hermoso, ayuda a tus hijos!), “*Sancta Maria, Spes nostra, Ancilla Domini!*” (¡Santa María, Esperanza nuestra, Esclava del Señor!), “*Adeamus cum fiducia ad Thronum Gloriam ut misericordiam consequamur!*” (¡Acudamos con confianza al Trono de la Gloria para que consigamos misericordia!) y “*Beata Mater et intacta Virgo*” (¡Madre Bienaventurada y Virgen sin mancha!). Y un clamor magno, “¡Madre!, *monstra te esse Matrem!*” (¡Madre!, ¡manifiesta que eres Madre!).

Otro venero fue su recio trato con San José –“¡Mi Padre y Señor!”–. Y con los Ángeles Custodios: «Ángeles Santos, yo os invoco, como la Esposa del Cantar de los Cantares, ‘ut nuntietis ei quia amore languet’» –para que le digáis que muero de amor” (C, 568).

Pedía y expresaba virtudes como la humildad: “*Ut iumentum factus sum apud te, et ego semper tecum!*” (¡Soy como un borrico junto a Ti, y estaré siempre contigo!) (Sal 72 [Vg 71], 22-23); o la fortaleza: “*Quia Tu es, Deus, fortitudo mea!*” (¡Porque Tú eres, Señor, mi fortaleza!); y la contrición: “*Domine, tu omnia nosti, Tu scis quia*

amo te!” (¡Señor!, ¡Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo!) (Jn 21, 17).

Y la preocupación constante por las almas, porque “de eso se trata: de llevar a las almas a que se sitúen frente a Jesús y le pregunten “*Domine, quid me vis facere?*” (“Señor, ¿qué quieres que yo haga?”) (Hch 9, 6: ECP, 149); de clamar para que el Señor mande obreros a su mies (cfr. Mt 9, 38): “¡Jesús, almas!... ¡Almas, almas de apóstol!: son para ti, para tu gloria” (C, 804). Y con confianza: “¡Sobre tu palabra echaré las redes!” (Lc 5, 5; cfr. CECH, p. 894), acudiendo a Nuestra Señora: “*Regina Apostolorum*” (ECP, 149).

3. Jaculatorias según los distintos momentos de su vida

Para exponer las jaculatorias que san Josemaría repitió, siguiendo la cronología empezamos por las que le habían enseñado desde niño como “¡Dulce Corazón de Jesús, sed mi Amor!”, “¡Dulce Corazón de María, sed mi salvación!” (ECHEVARRÍA, 2000, p. 177), “Para Ti nació: ¿qué quieres Jesús de mí?” (TORANZO, 2004, p. 24). Después, desde los quince o dieciséis años, mucho antes de fundar la Obra –y también después–, pedía a Dios le hiciera ver lo que quería de él: “*Domine, ut videam! Domine, ut sit!*” (¡Señor, que vea! ¡Señor, que sea!) (AVP, I, p. 175). Como siempre, también en esto contó con la Madre de Dios, como documenta la inscripción “*Domina, ut sit!*” que grabó en la base de una imagen de la Virgen del Pilar, fechada el “24-5-924” (cfr. AVP, I, p. 181). Una vez vista esa Voluntad de Dios el 2 de octubre de 1928, intensificó su oración y se puso a trabajar para llevarla a cabo, repitiendo “*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*” (“¡Todos con Pedro a Jesús por María!”). San Josemaría unía a esta jaculatoria otras dos muy expresivas: “*Deo omnis gloria!*” (¡Para Dios toda la gloria!) y “*Regnare Christum volumus!*” (“¡Queremos que Cristo reine!”). En sus apuntes y cartas a veces escribía sólo las iniciales de cada palabra de la jaculatoria:

O.c.Pa.J.p.M., D.O.G., R.Ch.V. (cfr. CECH, pp. 226-227). Según comenta Pedro Rodríguez, estas tres jaculatorias resumen de algún modo el fundamento último de su espíritu (cfr. CECH, p. 929).

No le faltaron dificultades, pero habitualmente, ante los obstáculos objetivos y ante la incomprensión de algunas personas, traía a su corazón y a sus labios una síntesis de Rm 8, 28: “*Omnia in bonum*” (¡Todo es para bien!) (S, 127), seguro de que siempre “¡a través de los montes las aguas pasarán!” (Sal 108 [Vg 107]; cfr. AVP, III, p. 592). “¿Estás sufriendo una gran tribulación? –¿Tienes contradicciones? Di, muy despacio, como paladeándola, esta oración recia y viril: «Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. –Amén. –Amén»” (C, 691). Tanto alimentaba desde 1928 el amor a la Voluntad de Dios (cfr. CECH, pp. 810-811; AD, 167), que su querer fue siendo cada vez más firme: “*Fiat!, Serviam!*” (cfr. DEL PORTILLO, 1993, p. 55), “¡Hágase, cúmplase!”, “¿Lo quieres, Señor?... y ¡Yo también lo quiero!” (C, 762). Unía a su debilidad la urgencia de la ayuda divina: “¡Oh, Dios mío: cada día estoy menos seguro de mí y más seguro de Ti!” (C, 729).

La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei (cfr. ECP, 64). Nació con la Obra, y en 1931 tomó forma, en momentos humanamente difíciles (cfr. *Carta 9-I-1959*, n. 60: AGP, serie A.3, 94-1-5), por lo que san Josemaría, basándose en su propia experiencia espiritual, aconsejaba invocar frecuentemente a Dios como Padre: “Descansad en la filiación divina. Dios es un Padre lleno de ternura, de infinito amor. Llámale Padre muchas veces al día y dile –a solas, en tu corazón– que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo” (AD, 150).

Seguro de que la Voluntad de Dios sería antes o después una realidad, se abandonaba en las manos de Dios. Nunca se retraía; al contrario, sabía que su trabajo

debía apoyarse en la unión con Dios y clamaba con fuerza: “¡Aparta, Señor, de mí lo que me aparta de ti!”, y no sólo se refería a cosas de gran envergadura, sino a desamores, tentaciones, pensamientos inútiles, defectos y debilidades o aspectos que le parecían compensaciones. Era su deseo afinar en el amor a Dios (cfr. ECHEVARRÍA, 2000, p. 203).

En 1951, en momentos delicados para la consolidación del Opus Dei tal como Dios lo quería, clamaba: “*Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum!*” (¡Corazón Dulcísimo de María, prepara un camino seguro!). Le pedía lleno de fe que preparara un camino seguro para la Obra.

Avanzado el desarrollo del Opus Dei, no cejaba en su oración: “*Cor Iesu Sacratissimum, dona nobis pacem!*” (¡Corazón Sacratísimo de Jesús, danos la paz!), clamaba al Señor desde 1952; en 1971 completó esta jaculatoria “*Cor Iesu Sacratissimum et Misericors, dona nobis pacem!*” (AVP, III, p. 611): fue una época en la que se sintió especialmente urgido a confiar en la misericordia de Dios. Pedía y se abandonaba, como un hijo pide a su padre: “Señor Dios mío: en tus manos abandono lo pasado y lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno!” (AVP, III, p. 611). Era consciente de que su fortaleza estaba precisamente en su debilidad y en la omnipotencia de Dios: “*Domine, fac cum servo tuo secundum magnam misericordiam tuam!*” (¡Señor, haz con tu siervo lo que te dicte tu gran misericordia!)

Después del Concilio Vaticano II sufrió mucho al ver maltratada la Iglesia cuando se interpretaban mal ciertos documentos (cfr. AVP, III, pp. 473 y 593 ss.). El 8 de mayo de 1970 oyó en su interior, y repitió después frecuentemente: “*Si Deus nobiscum, quis contra nos?*” (Rm 8, 31; cfr. AVP, III, p. 608), reforzando una consideración que se había hecho ya anteriormente muchas veces: Si Dios está con nosotros ¿quién nos podrá derrotar? (cfr. AD, 219). Ésta y

otras locuciones que Dios le hizo oír en su interior –“*Clama, ne cesses!*” (¡Clama, no ceses!) (cfr. AVP, III, p. 608) por ejemplo–, las tradujo en jaculatorias que repetía con consuelo de su alma y de muchas otras personas. Este conjunto marca otro hito en su vida: la fe le decía que se podía herir el Cuerpo de Cristo, pero que al final las puertas del infierno no prevalecerían (cfr. Mt 16, 18): “*Sancta Trinitas, ut inimicos Sanctae Ecclesiae humiliare digneris. Te rogamus audi nos!*” (¡Trinidad Santísima, para que te dignes humillar a los enemigos de la Santa Iglesia, te rogamus escúchanos!).

Sabía y sentía que, en la empresa en que estamos los cristianos, podíamos contar siempre con la Santísima Virgen: “¡Señor, Santa María, que el tiempo de la prueba sea corto! *Sancta Maria, Refugium nostrum et Virtus!*” (¡Santa María, sé Tú nuestro refugio y nuestra fuerza!). Y no dejó de involucrar expresamente en sus ruegos a san José, desde septiembre de 1971, aunque su devoción por el Santo Patriarca venía desde antiguo: “¡San José, nuestro Padre y Señor, bendice a todos los hijos de la Iglesia de Dios!”.

Es significativo que algunas de las jaculatorias que repitió piadosamente al final de su vida, fueran semejantes a las de los primeros tiempos: “*Domine, ut videam!, ut videamus!, ut videant!*”, “¡Que yo vea, que veamos todos, que vean!”, “¡Que yo vea con tus ojos, Cristo mío, Jesús de mi alma!”.

En sus últimos meses repitió una jaculatoria recogida también en *Via Crucis* (VI Estación): “*Vultum tuum, Domine, requiram!*” (¡Buscaré, Señor, tu rostro!) (Sal 26 [Vg 25], 8-9; cfr. AVP, III, p. 726); “Sí, ¡tengo ganas de ver cómo es el Señor, pero no ya por la fe, sino cara a cara...!”; repitió en su catequesis de 1975 por América. Dios se lo concedió el 26 de junio de 1975 y la Iglesia al canonizarlo el 6 de octubre de 2002, reconoció solemnemente la plenitud de su Amor a Dios.

Voces relacionadas: Contemplación; Contemplativos en medio del mundo; Devoción, devociones; Oración; Presencia de Dios.

Bibliografía: Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; Esther, Gloria y Lourdes TORANZO, *Una familia del Somontano*, Madrid, Rialp, 2004; Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janès, 1994.

María Begoña LANDALUCE

JAPÓN

1. Comienzo de la labor apostólica. 2. Desarrollos posteriores de la labor.

En 1957, Mons. Yoshigoro Paulus Taguchi, obispo de Osaka, solicitó a Mons. Escrivá de Balaguer que el Opus Dei fuera a su diócesis. El fundador pidió a José Luis Múzquiz –uno de los tres primeros sacerdotes de la Obra– que fuera a Japón y le diera su parecer, antes de enviar a sus hijos para que residieran de modo estable. Don José Luis viajó a Nagasaki y cumplió un deseo expreso de san Josemaría: besar la tierra de los mártires japoneses. El 1 de mayo de 1958, Múzquiz envió desde Tokio una carta a san Josemaría. Al recibirla, san Josemaría escribió en el sobre: “Primera carta del Japón. *Sancta Maria Stella maris, filios tuos adiuva!*”. Desde entonces la labor apostólica en Japón quedó bajo la protección de esta invocación a la Virgen.

1. Comienzo de la labor apostólica

El 8 de noviembre de 1958 se inició el trabajo apostólico estable con la llegada de José Ramón Madurga, sacerdote desde hacía ya algunos años, a Tokio. Después fue a Osaka, donde se hospedó brevemente en la residencia del obispo. Enseguida escribió a san Josemaría, que

le animó en su respuesta: “¡José Ramón queridísimo! Que Jesús te me guarde. ¡Cuánta alegría con tu primera carta del Japón!”. Madurga empezó a cumplir los encargos que le había dado san Josemaría: organizar las cosas para cuando vinieran otros y buscar una casa para las mujeres del Opus Dei. Lo más inmediato –ganarse la vida– lo resolvió con el consejo de unos amigos: enseñar el propio idioma a los nativos. Poco después encontró alojamiento en la ciudad de Toyonaka, en una casa de amigos.

Estaba previsto que Fernando Acaso, otro sacerdote que residía en Estados Unidos, acudiera antes de la Navidad. Debido a un neumotórax, se retrasó hasta enero de 1959. Al enterarse de este contratiempo, san Josemaría, que no quería dejar a José Ramón solo en fechas tan señaladas, pidió a otros fieles del Opus Dei que le escribieran para acompañarle. Fueron tantas las cartas y felicitaciones navideñas recibidas, que causaron admiración y asombro. Por fin, el 18 de enero de 1959 llegó Fernando Acaso. Don José Ramón fue a esperarle al aeropuerto de Haneda, con la llave de un pequeño chalet alquilado en la ciudad de Toyonaka. Y, a finales de julio de 1959, llegó el sacerdote José Antonio Armisén, también procedente de Estados Unidos.

Don José Ramón, en los meses en que vivió solo, hizo un gran esfuerzo para adaptarse a su nuevo país. Tenía muy claro –y así lo fue inculcando a los demás– que el espíritu universal del Opus Dei no impide, todo lo contrario, que los extranjeros se adapten a la cultura y costumbres del país, de tal modo que lleguen a amarlo como cosa propia. Es lo que el fundador llamaba el *trasplante*, cuando se refería al traslado a un nuevo país, que en el caso del Japón –por ser el primer país oriental en el que el Opus Dei empezaba– podría haber sido más costoso de lo habitual.

Los japoneses son por naturaleza reservados y no suelen exteriorizar sus sen-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.